



Fig. n.º 57.- Zumbiehl, François (2021): *Instantes de Arena*. Editorial Temple, Madrid, 318 págs. Edición bilingüe español francés con prólogo de Andrés Amorós, fotografías de Muriel Feiner y de Andrew Moore y comentarios del matador de toros Miguel Abellán.

El libro está compuesto por un catedrático francés, un fotógrafo inglés y una fotógrafa norteamericana y cuenta con la colaboración de un torero español lo que nos muestra la universalidad de las fiestas de toros en unos momentos en los que se la está cuestionando. Enfocado dentro de la estética, del ritual y la simbología del mundo del toro se ordena en veintitrés capítulos convertidos en cuarenta y seis al estar traducidos al

francés. El autor trata de “leer algunos de los innumerables signos” que nos ofrece un torero durante una corrida de toros. Cada uno de los capítulos de este libro está dedicado al ritual taurino que abarca desde el paseíllo hasta el triunfo de la nostalgia y la arena. A lo largo de esos capítulos el autor nos va desgranando cada uno de los rituales a los que se somete el matador cada vez que tiene que enfrentarse al toro. Antes de hacer el paseíllo, en el “callejón del miedo” los toreros tratan de aparentar tranquilidad posando para los fotógrafos, respondiendo a algún periodista antes de proceder a liarse el capote de paseo que según afirma el torero Miguel Abellán es el momento de máxima soledad antes de salir a la plaza.

El paseíllo está perfectamente organizado lo que supone una toma de conciencia antes de entrar en faena. La posición estipulada para cada uno de los toreros según su antigüedad y la forma que adoptan durante el recorrido hasta los burladeros, constituyen por sí mismo un lenguaje de superioridad o reto, según se adelanten o atrasen antes de ponerse a torear de salón en los momentos previos a la salida del toro. Inmediatamente después del paseíllo, el torero sueña en el aire dibujando unas verónicas de recibo o en un quite para comprobar el buen manejo del engaño. Sueña toreando de salón con el temple necesario sin más impedimentos que la propia incógnita de lo que le espera. Es el momento también en el que los subalternos sueñen su faena, muchos de ellos antiguos matadores de toros. El ritual de la corrida exige ciertos protocolos que se siguen respetando. Si un torero tiene particulares circunstancias, el público lo saca a saludar antes del comienzo de la corrida. Ese mismo torero invita a sus compañeros de lidia, a que montera en mano, salgan a saludar. Igualmente, si el torero no ha cumplido las expectativas deseadas saludará desde el callejón o saldrá al ruedo.

Uno de los momentos más emocionantes de este ritual es la espera de la salida del toro por la puerta de toriles, es el momento de mayor perturbación de la corrida. Cuando el torero

se enfrenta a su realidad inmediata, unos miran al suelo, otros se tapan la cara con el capote, otros dedican este momento al recogimiento y la oración cerrando los ojos y santiguándose, pocos ya hacen ese gesto antiguo de esperar sentados en el estribo. Miguel Abellán explica que siempre mordía la esclavina porque le daba la sensación de ser la prolongación de su cuerpo y el capote la extensión de sus manos, de su cabeza y de su imaginación. Gesto que practican la mayoría de los toreros actuales. Cuando el matador recibe al toro a porta gayola la emoción va creciendo en proporción a cómo cruza el albero, con paso tranquilo y con el capote agarrado con una mano y arrastrándolo sobre el ruedo. La emoción es intensa y la improvisación es lo único que cuenta en este momento supremo.

Los tercios de varas y las banderillas tienen su ritual propio que todos respetan. En ambos, el matador da instrucciones que se siguen a rajatabla a través de gestos y de su mirada desde las tablas. La última etapa de la corrida comienza con el análisis del brindis al público, momento solemne en el que el matador ha cotejado las posibilidades de bordar una faena y que conlleva las diferentes formas de tratar la montera. Algunos de colocan con cuidado sobre el albero o la tiran tras de sí mirando que no caiga boca arriba, posición nefasta para torero y público. Puede haber otros tipos de brindis, de torero a torero cuando se dan particulares circunstancias, a familiares, a amigos, etc. El ritual abarca también el análisis de la indumentaria del torero que poco ha cambiado desde el siglo XIX, sólo la montera o las hombreras. Algunos toreros han sido más innovadores que otros. El caso paradigmático de Dominguín por la influencia de Picasso, la elegancia de Curro Romero o, en la actualidad, el atrevimiento a la hora de combinar colores o bordados de Morante. También el autor hace alusión al quite especificando que se puede interpretar en el ámbito taurino de dos formas opuestas. Se conoce con ese nombre a la presencia de un matador a la salida de la segun-

da puya de un toro, que no es el suyo, para desafiar al compañero, midiéndose con el capote con el fin de ganar los aplausos del público, tratando de imponerse en el ruedo en competencia directa. La otra acepción del término alude a la presencia de cualquier matador para poner a salvo a un compañero en una situación límite.

En los momentos de la faena también pueden apreciarse algunos gestos que tienen relación con la postura del torero de querer “abandonarse” quitándose las zapatillas, privarse del estoque o tirar la espada y la muleta en los desplantes. En este sentido es también relevante los gestos de los toreros durante la lidia entre los que se destaca, sobre todo a la hora de entrar a matar, la mueca que hacen con la boca, transformándose su rostro por su propia emoción. Esa misma tendencia podemos apreciarla en el dominio absoluto de los toreros sobre su cuerpo que se manifiesta en su forma de andar midiendo cada paso para manifestar su seguridad y su poder de seducción. El lenguaje del cuerpo se observa en los remates, desplantes y adornos que hace el torero. Se puede entender el remate como el reflejo de la euforia o del miedo que estás pasando según las palabras de Miguel Abellán o de que la situación te supera.

El libro también dedica su atención a la relación que ve el autor entre la faena de muleta y el cante flamenco, estableciendo que los pases naturales y afines se corresponderían con el *Cante grande* mientras que los adornos, el toreo de rodillas y otros pases los compara con el *Cante chico*. Al antropomorfismo entendido como las expresiones que utilizan los toreros para entenderse con el toro, considerando que el toro es expresivo con la mirada, según la afirmación de muchos toreros, y muy sensible al tono de voz con que se hable. Otro capítulo lo dedica a la música analizando las conveniencias de su presencia o ausencia y las preferencias de los toreros en ese sentido. A las voces y las exclamaciones que reflejan lo que está suce-

diendo en el ruedo, a los enfrentamientos y diálogos entre el público y el torero, a la tensión de los espectadores por la emoción de lo vivido y a las broncas.

Los capítulos finales están dedicados a la suerte suprema considerando que una faena exitosa necesita para ser coronada que la estocada no falle, al agradecimiento del torero ante la bravura del toro, al indulto que reconoce la bravura y la nobleza excepcional de un toro, la vuelta al ruedo, los triunfos y la salida de la plaza donde reciben el último eco del público y también su última retribución, dedicándole un capítulo aparte a la salida por la Puerta Grande como máximo exponente de su triunfo.

En definitiva, un libro que nos muestra una reflexión sobre las corridas de toros, la importancia de la gestualidad de los toreros y que cuenta con las vivencias que padeció en directo el torero Miguel Abellán. La mirada precisa de François Zumbiehl nos adentra en ese universo mágico que nos ofrece una corrida de toros a través del lenguaje del torero.

Zumbiehl considera la corrida como un teatro con sus tres actos o tercios, teatro que puede ser trágico o una explosión de alegría y sentimientos por el triunfo de la belleza y del arte, siendo el torero el protagonista principal de este teatro. Mi reconocimiento al autor por la defensa a ultranza que hace de las fiestas de toros tanto en España como en Francia, su pasión por los toros y su afición incuestionable.

Fátima Halcón

Presidenta de la Fundación de Estudios Taurinos

